

El



GATO NEGRO

por ROBINSON ROJAS



No, señor, yo no puedo decir que aquel gato hubiera sido un animal malo, uno de esos que encuentran placer en matar o en ver correr la sangre de los seres más débiles que ellos, ¡no, señor!, yo siempre he pensado que los gatos tienen su manera especial de ver y juzgar a las personas, que éstas no comprenden. ¡Si... sí!, no se ría... Déjeme pensar algo que sirva como ejemplo de lo que le explico... ya sé... ¿Se ha fijado cómo nos siguen con los ojos fijos cuando pasamos cerca de ellos?... Yo pienso que es una mirada de burla; tenga en cuenta que siempre nos ven ir muy apurados de aquí para allá y de allá para acá como prisioneros de alguna terrible prisa que ninguno de nosotros sabe cabalmente qué cosa es, y a pesar de la tanta molestia que nos tomamos parece que nunca conseguimos nada, porque continuamos en la misma carrera. ¡Aquí está lo extraordinario!: ellos, los gatos, toman ejemplo de tal conducta humana y se recuestan en el rincón más agradable y tranquilo de la casa, pasando el día en medio de un semisueño muy reparador... y salen por las noches, cuando nosotros no los molestamos con nuestros ajeteos absurdos. ¡Ve, señor, algo deben saber estos brutos! ¡Y yo los respeto, los respeto a todos!

En fin, es mejor que no insista, ha habido mucho de divagaciones y nada de lo que en definitiva pueda interesarle, porque usted es doctor de almas, ¿no?... Vea usted... ¡Puf! si me acuerdo hasta de los detalles que no revelan nada: la historia comenzó cuando ese gato, malhadado gato, se presentó sin razón aparente ninguna a nuestra casa, una bonita casa, se lo aseguro, con una gran pieza para dormir mi mujer y yo, otra más grande todavía para el comedor, y una última del tamaño de las dos anteriores juntas para tener ahí muebles de esos cómodos en los cuales uno puede descansar de la fatiga. También una buena cocina y sala de baño, ¡qué baño!, con agua fría, caliente o tibia, sencillamente como a usted se le ocurriera pedirla. ¡Cómo no íbamos a sentirnos felices en ella mi mujer y yo! ¡Figúrese usted! Pues ahí pasábamos los días como si nada, y en las noches, después de la cena mi mujer se sentaba en uno de esos sillones tan cómodos a tejer y a conversarme de lo que le contaban las vecinas. ¡Todas las vecinas siempre fueron buenas amigas de ella! En cambio yo me acomodaba en

otro a fumar un buen cigarro, o, por qué no decirlo, sólo porque me gustaba escuchar la voz de mi mujer... Y una de esas noches llegó... Tengo que confesarle que jamás pude comprender por qué misterioso orificio que yo no conocía en mi casa pudo lograr el acceso a ella, aun hubo ocasiones en que me vi obligado a sospechar que alguien malintencionado lo introdujo en un momento de descuido nuestro por alguna abertura desconocida del techo o de los muros, tal vez una puerta mal cerrada, qué sé yo; lo único que soy capaz de asegurarle es que el animalito estaba allí en medio de la pieza mirando atentamente a mi mujer como si escuchara y entendiera lo que ella decía. Al principio, sorprendidos por su presencia inexplicable, nos miramos consultándonos por gestos qué podríamos hacer, pero no fue necesario que nos decidiéramos del todo, porque el gato se acercó a las piernas de mi mujer y comenzó a restregarse en ellas igual si quisiera expresar que la quería, ¡y la pobre se dejó tentar, señor!: lo tomó en sus brazos y me dijo que deseaba quedarse con el animal para cuidarlo, "total, no tengo esperanzas de un hijo". ¡Qué habría hecho usted en mi caso?, lo mismo, ¿verdad?... Nos quedamos con él, aunque naturalmente, como lo ordena la decencia entre las gentes de buen vivir, al otro día averiguamos en la vecindad si pertenecía a alguien. Nadie supo nada y el animal pasó a formar parte de la familia. Si hasta yo me esforcé en agradar a mi mujer construyéndole un cajón para que durmiera allí el gato. Un cajón con su colchón de plumas y todo, señor. Y la pobre dejaba de comer parte de su comida para darle más alimento al recién llegado, y además, ya fuera del lecho con las primeras luces del día, iba al mercado y conseguía la mejor carne, lo mejor de todo... nada más que para satisfacer al bendito animal. ¡Cómo lo regaloneaba! ¡Le dije cómo era?... No, no se lo he dicho... Bueno, todo el cuerpo cubierto de pelo negrísimo, sedoso como el cabello femenino (yo sé que era sedoso y suave porque mi mujer me lo repetía siempre en las noches cuando charlábamos y ella lo acariciaba teniéndolo sobre las rodillas), tanto, que al caminar se le hacía en el lomo algo como una luz especial que lo iluminaba a él solamente. Era bonito el bruto.

Y creo, señor, que en eso estuvo la desgracia, ¡se lo juro!, mientras más gordo se ponía y mientras más le brillaba el pelo al animal, mi mujer iba perdiendo los colores de la vida, el rostro se le hundía por las mejillas y los huesos de la frente ya casi reventaban debajo de la piel como papel arrugado. También los ojos, ¡uf, esos ojos!, rodeados por una aureola negra, y dentro de ellos, allí donde todos tenemos una chispita que es como la misma vida, nada, simples colores opacos. Esos ojos turbios, ¡qué horror, señor!

Pero usted debería haber visto a mi mujer cuando apenas podía caminar y sin embargo insistía en levantarse en los momentos que el sol todavía no aparece, y entre quejidos y hasta lágrimas salía de casa a comprarle buena carne al gato, y éste, ¡las bestias piensan, señor, se lo aseguro!, se plantaba en medio de la pieza grande observándola con mucho cuidado, sin despegarle sus ojos amarillos, relamiéndose el hocico de vez en cuando, y a veces el pecho y las patas de adelante. ¡Igual si se diera cuenta que todo el sufrimiento de ella fuera causado sencillamente para complacer sus gustos refinados! Era de verlo. Usted lo habría comprendido de inmediato. Usted que sabe tanto sobre estas cosas. En realidad el animal se alegraba igual que los humanos de saberse el preferido de la casa, aun antes que yo. Y en tanto que mi mujer andaba en el mercado, él no se movía de en medio de la pieza grande hasta que la puerta de calle crujía de nuevo para que entrara ella cargada de bolsones con alimentos y del paquete de la carne. Entonces se le acercaba a lamerle cariñosamente las piernas, lo que hacía derramar lágrimas de enternecimiento a mi esposa,

conversándole tal si lo hiciera con un humano, ¡como un hijo!, ésa es la verdad; y eso siempre a mí me pareció irrespetuoso porque, bueno, uno puede querer mucho al animal, pero de ahí a tratarlo igual que a un hijo, no, ¡eso sí que no!

En verdad yo la regañé mucho en ese sentido y por eso tuvimos serias discusiones y riñas de palabra, sin que pudiera conseguir nunca de ella la promesa de que no le hablaría como a una persona. Su argumento favorito, repetido muchas veces, fue que por no tener hijos bien se podía hacer la ilusión de que el gato lo era, y para ella eso era bueno porque la hacía feliz. Ve, ¡qué hubiera podido hacer yo ante esa razón? Nada. Y, bueno, no hice nada y la dejé que se enfermara cada vez de mayor gravedad, levantándose en invierno y verano con el alba sólo en su afán de alimentar al gato. Y sucedió lo razonable: llegó un momento en que la pobrecita fue incapaz de tenerse en pie porque las piernas simplemente se le doblaron con el peso de su cuerpo. Las manos, siempre tan ágiles en ella, le cayeron a lo largo de las caderas a causa de que los brazos se secaron desde el codo hasta la punta de los dedos. Quizás también del mismo mal, después que la obligué a no moverse de la cama varios días, las piernas no las movió más. Y allí estaba la pobrecita tendida en el lecho con los brazos y las piernas inmóviles, paralizadas, apenas con la capacidad para girar el cuello, mas no en cualquier dirección, sino que de arriba hacia abajo, y de ninguna otra forma. Todos los días al amanecer me miraba con sus ojos opacos pidiéndome que le fuera a comprar carne al gato, y yo partía, no porque quisiera al animal, ¡no, señor!,

NUEVO

Acelte para Motores

VEEDOL

de Gran Detergencia



Limpia...

Lubrica...

Protege...

Ahorra Dinero



MEJOR QUE NUNCA

para todos los vehículos a motor!



El nuevo Veedol de Gran Detergencia LIMPIA—impide que los subproductos de la combustión se formen sobre las piezas vitales del motor. PROTEGE a su motor contra desgaste excesivo. LUBRICA instantáneamente, a velocidades grandes o pequeñas. Use Veedol en automóviles, camiones, autobuses, tractores— a gasolina o Diesel.

S. A. C. SAAVEDRA BENARD
OFICINAS EN TODO EL PAIS

era para que ella estuviese contenta y no se preocupara por nada. ¡Sí, nada más que por eso!

¡Cómo la extrañaba en las noches después de la cena, sentado en la pieza grande, solo, sin tener a nadie que me conversara! El único testigo, el gato, ¡exasperante testigo!, a unos cuantos pasos del sillón, con sus ojos amarillos fijos en los míos, ¡caramba, no se cansaba jamás de mirarme! Y le aseguro que es desesperante cuando a uno lo miran mucho rato sin darle chance de hacerse el desentendido. El lo hacía por horas, afectándome tanto, que casi siempre me era empresa imposible el dejar el sillón para ir al lecho por la simple razón de que no quería que sus ojos me siguieran en el camino observando mis espaldas. ¡Terribles noches, largas, larguísimas!

Y así, una velada después de mi solitaria cena, como de costumbre fui a acomodarme en mi sitio favorito, aunque temeroso de que el gato estaría esperando para reiniciar su habitual suplicio. Mas, lo confieso con tristeza ahora, una tremenda alegría me invadió al comprobar que no estaba. Es cierto, al principio fui todo lo feliz que un hombre puede serlo en las mismas circunstancias aquellas, demasiado feliz quizás por un hecho tan insignificante. Pero pronto comencé a pensar en las posibles causas de su ausencia. "Ha salido para la calle y se perdió", me dije. "Y eso le va a dar mucha pena a mi mujer, ella que lo quiere tanto; además, me va a echar la culpa de su pérdida, por alguno de mis estúpidos descuidos". todas esas cosas pensé, y tuve miedo... lo juro, no sé de qué, pero tenía tanto terror que uno de mis dedos comenzó a moverse solo. Aquello me

decidió a ir al dormitorio de mi mujer para conversar muy amigablemente con ella e idear algún plan para recuperarlo. Claro, ahora me doy cuenta que en verdad no fue el deseo de arreglar las cosas sino el miedo lo que me empujó hacia allá. Abri la puerta despacito, muy despacito, apenas avanzando en forma perceptible para no asustarla o molestarla con el ruido que hacía la condenada hoja de madera cuando se abría de un golpe. La luz del dormitorio estaba apagada y me resultó un poco difícil acostumbrarme a aquella profunda oscuridad del interior; creo que sólo en ese momento llegó a parecerme rara la lentitud absurda de mi cerebro que no me permitiera antes darme cuenta de que una pieza pudiese guardar tanta negrura dentro de sí.

Así, fui distinguiendo gradualmente la blancura del lecho, también el bulto que hacían sus piernas ya desde muchos días inmóviles para siempre. Al llegar a la altura de los muslos, donde ella se veía obligada a dejar las manos inútiles, tuve la impresión de que me agarraban por la nuca para asfixiarme: ¡los dedos los tenía espantosamente encogidos, tal si en el último peldaño de la desesperación hubiera recuperado de puro terror el uso de ellos para tratar con su magra ayuda de zafarse de quizás qué peligro que la asechaba! Cuando escapé del dominio del miedo que me paralizó, abrí de un golpe la puerta y fue entonces que vi el espectáculo que realmente me horrorizó: la cara de mi mujer estaba totalmente cubierta, ¿sabe con qué, señor?, pues con el cuerpo de la bestia ésa... No me mire así, señor, que le estoy contando la pura verdad, lo que vi con los mismos ojos que ahora lo miro a usted. ¡El gato

NO GASTE
MILES Y MILES DE PESOS
No compre...
¡Arriéndelo!

ARRIENDE
SU VESTIDO DE NOVIA,
MADRINA, CORTEJO Y
REINAS DE PRIMAVERA
TRAJES PRIMERAS CO-
MUNIONES PARA NIROS
Y NIÑITAS
PARA CABALLEROS:
Chaquets, fracs, smokings modernos, Barros Jarpa y ternos para lutos y ceremonias
DISFRACES, LOZA, SERVICIOS, MANTELES Y CORTINAS
Remitimos a provincias

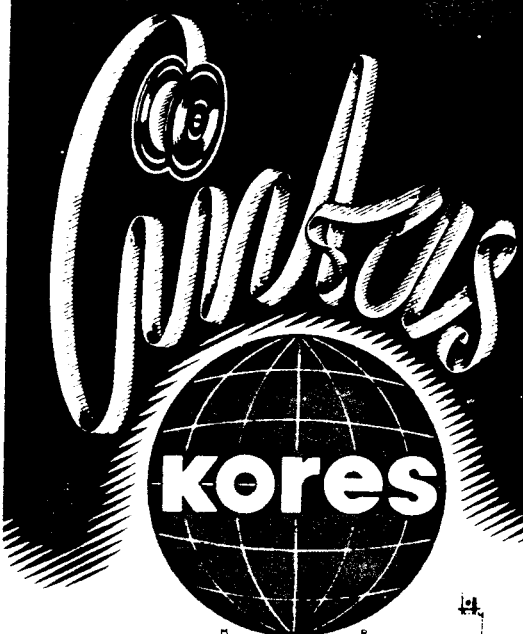
Casa
UTIL
SAN SIBIRO 618
FONO 36953



PRODUCTOS DE CALIDAD

Kores

PARA MAQUINAS



se había echado sobre el rostro de ella como en el cojín en que dormía, y quizás desde qué rato no se movía de allí!... Temblando de asco por la maldad del bicho me abalancé contra él, pero se escapó de un tremendo salto que lo hizo alcanzar el umbral de la puerta de salida. Contrariado, traté de reanimar a la moribunda —es decir, a la que yo creía moribunda—, haciéndole masajes en los brazos y el pecho. Todo fue inútil, señor. La pobre murió mientras yo, el muy idiota, me rascaba la cabeza allá en la pieza grande preguntándome por el posible paradero de la bestia. Y la verdad era tan simple: el gato la había asfixiado, a ella que tanto se sacrificara por alimentarlo y por hacer que descansara todo el día en la mejor forma posible. “¡Qué animal tan desagradecido!”, pensé yo. Y me puse a llorar al lado del cadáver. Con rabia y también con un poco de pena, porque yo quería a mi mujer, no mucho, es claro, pero al fin y al cabo la quería. Eso es perdonable, ¿no es cierto?

Y mientras lloraba se me ocurrió la gran idea, la idea que fue el comienzo de esta aventura que le estoy contando. Yo me dije: “hum, te vas a presentar a la policía con el fantástico cuento de que la mató el gato”, “¿quién te va a creer semejante disparate?”, “no, mi amigo, lo que va a suceder será que te tomarán amablemente de un brazo y te encerrarán en un calabozo más sombrío que esta pieza para juzgarte por asesinato”, “eso es lo que pasará, sí, señor”... Así me quedé toda la noche dando vueltas en la cabeza a la idea de que nadie me creería la verdad y todos me señalarían como culpable de esa muerte. Por fin, cuando ya las primeras luces del día penetraban por la ventana, la misma hora

en que ella se levantaba para comprar cosas en el mercado —nunca me olvido de eso, señor—, la envolví con mucho cuidado en unas pocas frazadas y me la llevé al fondo del patio, donde tengo un jardincito que a diario riego amorosamente. Saqué cada planta de entre la tierra haciendo de modo que no se dañaran, amontonándolas en un rincón del patio. Enseguida cavé una fosa profunda, de la altura de mi cuerpo, sí, señor, y en el fondo eché el envoltorio con el cadáver, cubriéndolo parte por parte de manera que no quedara ningún vacío como para que el suelo se hundiera después y algún indiscreto me pillara. En la última capa de tierra volví a colocar las plantas en la misma disposición de antes (claro, la disposición me la sabía a la uña porque yo mismo cultivaba el jardincito, con amor, como ya se lo dije), y todo quedó igual como si jamás las hubiere removido de su sitio. Tan bien hecho, que al observar mi trabajo terminado me sentí feliz de poder hacer una cosa así de correcta y sin dejar huellas. Tan feliz, que me fui al comedor y me eché unos buenos tragos de vino para celebrar, ¡cómo deseaba que mi mujer viviera para conversar con ella y mostrarle el jardincito!, pero no podía ser, señor, y me resigné a beberme toda la botella a solas.

Por supuesto que el vino me hizo dormir todo el día en el mismo comedor y no desperté hasta que un dolorcillo en el estómago me avisó desagradablemente que estaba hambriento. Era la hora de la cena. Por desgracia no había salido de casa y en ella no encontré nada para saciar el hambre, que se me hacía molesta e insoportable. ¡Y el muy infame del gato pegado a mis talones mirándome con tris-teza; sí, ésa era su mirada, igual como un chiquillo

LUFTHANSA

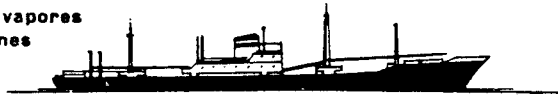
LINEAS AEREAS ALEMANAS



Unico servicio directo sin trasbordo de Santiago a Paris y Hamburgo, via Frankfurt. Salidas de Santiago los días viernes.

HAMBURG - AMERIKA LINIE (HAMBURGO) NORDDEUTSCHER LLOYD (BREMEN)

Servicio semanal de vapores con acomodaciones



de 1.a clase entre Chile y Alemania

AGENTES GENERALES

ULTRAMAR

AGENCIA MARITIMA LIMITADA

AGUSTINAS 1070 - 3.er PISO - FONO 68130

que pide comida! ... Varias veces ensayé de darle un puntapié, pero el animal resultaba más ágil que mi pierna y no lo toqué jamás. Por último, cansado de darle golpes inútilmente, lo dejé que me siguiera a todos los rincones —en los rincones las mujeres siempre guardan cosas, ¿no es cierto?— sin hacerle mucho caso, aunque en el fondo de mi corazón algo me decía que debía castigarlo porque él era el asesino. Sabía que resultaba ridículo el que un simple animal doméstico fuera el matador de un ser humano, pero era la verdad, un hecho que yo presenciara con mis propios ojos ... Me parecía también ridículo el negarlo. Y sumido en ese torbellino de ideas peligrosas aquella noche me paseé por toda la casa pensando en alguna manera de castigarlo. La obsesionante idea de castigarlo, sí, señor. ¡Y el muy maldito siempre pegado a mis talones! Yo me detenía en mi paseo para mirarlo y él hacía lo mismo, no despegándose los ojos amarillos de encima, y aun cuando cerrara los míos veía los de él brillando en la oscuridad de mi cerebro. Le aseguro, señor, que aquello no era como para soportarlo mucho tiempo sin alterarse y hacer una locura. Que fue exactamente lo que yo terminé por hacer. Claro, así contado de viva voz y aún en la obligación de vencer la barrera de incredulidad que usted ha levantado entre los dos, no podría conseguir que sintiera lo que yo en esos instantes de soledad y de hambre, todo rodeado por el terror. Porque se lo juro, señor, estaba aterrado. No sabía de qué, pero la sola presencia del gato negro me secaba la lengua y me helaba la espalda. Yo caminando y mirando de reojo al animal. El animal muy cerca de mis talones, temiéndome siempre bajo sus ojos amarillos. Ir y venir.

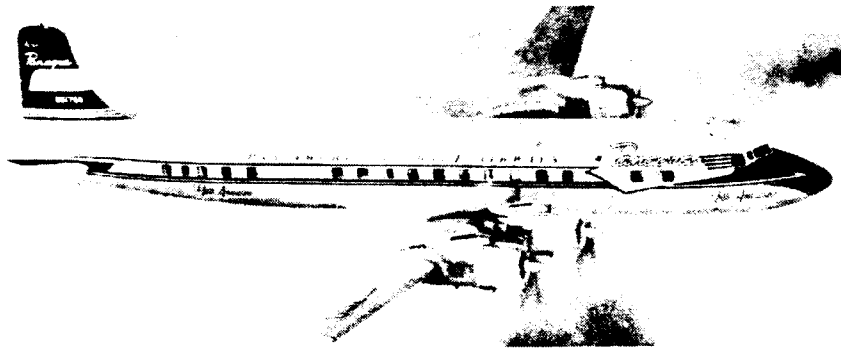
Volver. Dar vueltas por toda la casa en un caminar absurdo y fatigoso. Estar en movimiento era mi única chance de salvación, porque así me hallaba seguro de que el gato sería inofensivo..., de que se comportaría como una bestia doméstica.

Hasta cerca de la medianoche seguí en esos paseos insensatos, y el terror que en un principio se me había hecho tan notable, paulatinamente se fue adaptando a mi modo de actuar y la habitual cordura de mi cerebro regresó a su centro normal y comencé a pensar de nuevo. A pensar con absoluta precisión. A pensar sin temer.

Ya no fui ni vine como un enajenado. Por el contrario, con un propósito bien definido salí de la casa y me encaminé hacia el patio, sin mirar para atrás. Sabía que el gato "tenía" que seguirme. Cuando llegué al jardincito, allí donde reposaba el cadáver de mi mujer, me detuve tratando de hacer aparecer mis movimientos como productos del azar. Para engañar a la bestia, usted sabe. ¡Y la logré engañar!

El muy estúpido, en vez de quedarse atrás de mis piernas, se adelantó para echarse, muy remolón, a la orilla de la tierra recién removida. Yo doblé las piernas, me hincué en el suelo y enseguida me tendí de vientre. Todo esto bajo la atenta mirada amarilla. Y empecé a arrastrarme lentamente hacia el gato, con gran lentitud, ganando pulgada a pulgada el terreno que nos separaba. En el momento en que mis narices se mezclaron con su sedoso lomo me detuve un segundo para respirar profundo y darme valor, luego de lo cual, dando un salto como

AHORA! Ud. puede volar diariamente



SIN TRASBORDO A NUEVA YORK VIA
PANAGRA

En DC-7B, la Flota de Aviones más moderna y veloz en uso comercial en Sudamérica, equipados con RADAR

Consulte a su Agente de Viajes o a Grace y Cia. (Chile) S.A. - Morandé 315 - Fonos 81961 y 67 - Venta de Pasajes, Hotel Carrera - Fono 82011

